

SENTIDO DE LA TEOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD

Comenzaré compartiendo el asombro y la inquietud que me provocó la carta de Pablo Quintanilla, Decano de EE.GG. Letras, en nombre de Susana Reisz, Decana de la Facultad de Letras y ciencias humanas y de Carlos Garatea, Jefe del Departamento de Humanidades invitándome a hacer esta presentación. Y a la vez cómo no corresponder a su generosa invitación, aceptándola y agradeciendo su deferencia. Realmente su invitación constituye para mí un honor y motivo de agradecimiento, más aún en este año en que celebramos el Centenario de nuestra Universidad. Y en lo personal, aún más, cuando se recupera para las profesoras y profesores del Departamento de Teología, después de cuatro largos años, la posibilidad de ofrecer en la Universidad los cursos de teología, como se había realizado ininterrumpidamente desde su fundación. Esa oportunidad me llevó a elegir el tema para esta disertación: “Sentido de la Teología en la Universidad”.

I.- EL CURSO DE TEOLOGÍA EN LA PUCP

Desde hace ya bastantes años comienzo mi curso de teología en EEGLL planteando a los estudiantes y a mí mismo esta pregunta: ¿por qué un curso de teología en la Universidad Católica? Una respuesta rápida y espontáneamente obvia es: “por ser Católica”. Mi respuesta, también rápida y, reflexivamente pensada, es: “¿No! Sino por ser Universidad”; es decir, no por el adjetivo, sino por el sustantivo, por ser y pretender ser una auténtica Universidad. El ser “católica” incidirá, sin duda, en el enfoque del trabajo teológico ofrecido.

1.- Mi respuesta reclama una breve reflexión sobre el sentido mismo de la Universidad. Como sabemos, la primera vez que aparece el término “universidad” es en un documento del año 1221 para designar la “universitas magistrorum et scholarium parisiensium”, la comunidad de maestros y estudiantes, lugar de encuentro y diálogo entre quienes cultivan los diversos saberes y disciplinas, artes y ciencias. La Constitución “Ex corde ecclesiae” en su Introducción, [inspirándose en una carta del Papa Alejandro IV en 1255 a la Universidad de Paris](#), afirma: “Por su vocación la Universitas magistrorum et scholarium se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros animados todos por el mismo amor del saber.” Y continúa: “Ella comparte con todas las demás universidades aquel *gaudium de veritate*, tan caro a san Agustín, esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla

y comunicarla en todos los campos del conocimiento”.¹ En la esencia misma de la universidad y en su tarea cotidiana, está presente el amor y el anhelo de la verdad, con esa nota de gratuidad que todo amor auténtico supone. Gratuidad que excluye utilitarismo, mas no incidencia en las opciones personales y en la práctica histórica. Permítanme recordar que el concepto hebreo y bíblico de verdad “emeth” está vinculado a fidelidad y lealtad y acepta expresiones como “hacer la verdad”, “caminar en la verdad”, “la verdad los hará libres”.² Un amor a la verdad en toda su amplitud y profundidad, que haga posible una comprensión más global sobre la vida de los seres humanos en el mundo –una “vida buena y plena”- y sobre las relaciones sanas entre ellos. Así, en la Universidad se encontraban y entrelazaban en diálogo mutuamente cuestionante y enriquecedor disciplinas como Derecho, Medicina, Artes, Filosofía y Teología.

Las universidades surgieron por el desarrollo y expansión de las “escuelas catedráticas”; comprensiblemente el estudio sobre la “Doctrina sacra” ocupaba un lugar preeminente, pero abriéndose con los grandes maestros (Alberto Magno) al cultivo de las otros saberes y ciencias. Así, de alguna manera, las otras disciplinas –y particularmente la filosofía- aportaron a la teología nuevos elementos conceptuales que necesitaba y le servían para el ejercicio de su propia reflexión.

Este sentido primero de la Universitas no lo encontramos ya valorado en muchas experiencias universitarias actuales, olvidado o postergado por la exigencia de una especialización temprana, demandada ella misma por una concepción pragmática y utilitaria de la formación universitaria, así como por afanes lucrativos de quienes conciben la universidad como una empresa (para no decir como un negocio). Pero una conciencia creciente de la complejidad de la realidad humana y social, así como del desarrollo de las ciencias que abordan los diversos aspectos de esa complejidad, vuelven a demandar una mayor relación colaborativa y crítica entre los saberes, y se aspira y avanza hacia un conocimiento interdisciplinar en la investigación y en la enseñanza.

2.- Universidad y búsqueda de la verdad.

El ser humano quiere saber: se pregunta, investiga, critica y aprende. Cada nuevo descubrimiento, cada nueva respuesta, tranquiliza por un momento, pero inmediatamente suscita nuevas inquietudes e interrogantes. Lo primero que aprenden los niños es a decir “¡no!” y “¿”por qué?”. Insatisfacción ante lo

¹ Ex Corde Ecclesiae n| 1

² X. Léon-Duffour: “Vocabulario de teología bíblica”: “verdad”

“conocido” o impuesto por sus padres y curiosidad y necesidad de nuevas razones y explicaciones para entender.

La necesidad profunda de entender y encontrar explicaciones va desencadenando nuevas preguntas y abriendo nuevos ámbitos de conocimiento, métodos y disciplinas: ¿cómo?, ¿para qué?, ¿por qué?, ¿qué es? Van respondiendo los diversos saberes: física, matemática, ciencias experimentales, ciencias humanas y sociales, la filosofía y también –si no se recorta a priori o impide la capacidad de preguntar- también la teología. Siendo la experiencia humana en toda su complejidad el objeto último de interrogación y de verificación, es natural que los diversos saberes se encuentren, se necesiten y dialoguen, aprendiendo a respetar los objetos específicos y los métodos propios de cada disciplina. Se van afinando los diversos métodos de investigación, que, por cierto, no son intercambiables, ni se puede pretender imponer unos sobre otros. Lamentablemente no faltaron en el pasado los ejemplos de esa pretensión: de la teología sobre la indagación de las ciencias y de la filosofía. Es de desear que eso no vuelva a ocurrir hoy, en ninguna de las dos direcciones, tampoco las ciencias deben menospreciar la pertinencia, el ámbito y los métodos propios de la reflexión teológica.

La Universidad, por fidelidad a su propia naturaleza, fue, y puede y debe seguir siendo el ámbito adecuado para un fecundo encuentro, diálogo y confrontación de las diversas ciencias y de la teología con ellas. Y así lo reconoce el artículo 1 del actual Estatuto de la PUCP:

“La Pontificia Universidad Católica del Perú es una comunidad de maestros, alumnos y graduados dedicada a los fines esenciales de una institución universitaria católica: formación académica, humana y cristiana; educación profesional; docencia e investigación teológicas con fidelidad al mensaje cristiano revelado y al magisterio de la Iglesia; reflexión continua, a la luz de la fe católica, sobre el creciente tesoro del saber humano al que trata de ofrecer una contribución con las propias investigaciones; estudio de la realidad nacional para alcanzar una sociedad justa y solidaria; y servicio al pueblo de Dios y a la familia humana en su itinerario hacia el objetivo trascendente que da sentido a la vida.” (Estatuto Art. 1)

3.- Las “preguntas últimas”.

La capacidad de preguntarse de los seres humanos –decía- es inagotable. Tras las preguntas más inmediatas, surgen las llamadas “preguntas últimas” -¿o “primeras”?- profundas, vitales y urgentes: el sentido de la existencia, de mi vida: ¿por qué vivo y para qué?, ¿por qué y para qué estoy aquí? Y ¿si todo el afán de

vivir concluye en la muerte, en la nada...? ¿todo es efímero, nada trasciende? ¿O se puede mirar más lejos, más hondo? ¿Estamos definitivamente solos o en esa soledad “alguien” sostiene y acompaña?... Y ¿la felicidad, el bien, la verdad? Y ¿por qué el sufrimiento del inocente, el hambre y el mal?

¿Son preguntas anacrónicas, trasnochadas, inútiles... o tremendamente prácticas, urticantes y urgentes? Son preguntas –dicen algunos- que plantean los filósofos, que interesan a los psicólogos, a los teólogos. ¡Se equivocan! Los filósofos y teólogos simplemente las formulan. ¡Las plantea la vida! Miremos a nuestro alrededor. Situaciones que nos colocan en el filo del sentido, decepciones en la confianza depositada en una persona que creímos con seguridad confiable, el anuncio de una enfermedad que trunca proyectos elaborados con tanta dedicación y expectativas, la partida inesperada del ser más querido, levantarse una mañana y descubrirse desoladamente solo... surgen como gritos desgarrados las preguntas más radicales y atormentadas por el sentido. Y el sufrimiento de tantos inocentes, la injusticia arrogante y opresora, la violencia indiscriminada del terrorismo, las diversas formas de violencia y abuso contra los débiles, mujeres, niñas y niños, indígenas, personas homosexuales, el hambre, las hambrunas, las trágicas procesiones de desplazados por las guerras y los migrantes, los miles que mueren ahogados en el Mediterráneo... es un clamor que grita: ¿por qué? ¿es que no somos igualmente humanos como ustedes? Y ante esta desgarradora realidad ¿qué hacer? Más aún ¿cómo me sitúo y defino? ¿quién quiero ser?, ¿cómo quiero ser, estar en y asumir esta realidad?

Las preguntas son tan hondas, tan urgentes y tan difíciles que los seres humanos se preguntaron y nos preguntamos de manera honesta si no es legítimo ampliar nuestra indagación hacia razones y explicaciones más allá de las constatables y demostrables. La existencia humana, la de cada persona y la colectiva, tienen sin duda mucho por analizar y estudiar. Y al final quizá podemos constatar – y de manera no resignada, sino vitalmente estimulante- que, tomando palabras de José María Arguedas “¿es mucho menos lo que sabemos que la gran esperanza que sentimos?”³. Dicho de otro modo ¿la vida de cada persona no es, ella misma, un “misterio”, que nos sorprende y desborda?; es preciso acercarse para entenderla con sumo respeto y apertura, como Moisés ante la zarza ardiente sin consumirse, con los pies descalzos (cfr. Ex.3,2-5), desprovistos de prejuicios, sin pretender

³ citado en G.Gutiérrez: “Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente” p.

clasificarla, y menos aún dominarla y someterla. Y la realidad global misma, en lo que ella es de infinitamente grande y en lo que ella es de infinitamente pequeño, por más que avancemos en su desentrañamiento a través de arduos y sorprendentes descubrimientos, nos desborda y envuelve en su misteriosa complejidad.

En ese encadenamiento interminable de preguntas cada vez más hondas, abarcadoras y comprometedoras, surge legítima la pregunta -no necesariamente clara y evidente la respuesta- por un Misterio fundante, entrañable, cercano e íntimo, y a la vez lejano y desbordante, trascendente de los límites humanos de comprensión. El “misterio” de Dios que se insinúa, apenas se insinúa, en lo grandioso del cosmos, y que, sin dejar de ser “misterio”, sale al encuentro – discretísimo, hasta poder ser ignorado e incluso negado- en la historia de los seres humanos, ofreciéndose, pero sin forzar ni pretender imponerse. Por algo el gran teólogo Tomás de Aquino confesaba en la “Summa Theologica”: “De Dios no podemos saber lo que es, sino sólo lo que no es”⁴, dicho de otro modo: “de Dios es más lo que no sabemos que lo que conocemos de Él”⁵ La teología –un hablar de Dios- habrá de ser siempre un lenguaje humilde, conjugando la contemplación y el silencio con la práctica de su voluntad centrada en el amor al prójimo.

Gustavo Gutiérrez en “Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente. Una reflexión sobre el libro de Job” afirma que la Teología, siendo un “esfuerzo por pensar el misterio”, no es tarea imposible. Y recuerda que “en una perspectiva bíblica cuando se habla de misterio no se hace referencia a algo escondido y que debe permanecer secreto. Se trata más bien de un misterio que debe ser dicho y no callado, comunicado y no guardado para sí”⁶. En el lenguaje de los teólogos se formula lo que estaba implícito en la tradición judeocristiana de la Biblia: Dios se revela en la historia; la trama humana en su proceso de humanización es el “lugar” de manifestación, siempre discreta, indemostrable, solo creíble, de Dios. Los cristianos estamos llamados a ofrecer en ese proceso el testimonio sencillo y a la vez firme de creer que en Jesús de Nazaret, alguien de nuestra condición humana y de nuestra historia, el misterio de Dios se nos ha acercado de manera personal e iluminadora. Parafraseando el texto del evangelio de san Juan (1,5) que sirve de lema a nuestra universidad, como “luz que brilla en las tinieblas”, capaz de iluminar nuestras oscuridades, interrogantes y búsquedas de sentido.

⁴T. de Aquino:” Summa Theologica” n I,9,3.

⁵G.Gutiérrez: “La verdad los hará libres” p.79).

⁶G. Gutiérrez: “Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente” p.12

Puede venir al caso recordar el dicho, tantas veces citado y no por eso menos sugerente de “El principito”: “lo esencial es invisible a los ojos” y -me permitiría añadir- no por ello menos real. La Universidad por su misma naturaleza ¿no es el lugar adecuado para hacer recordar la pregunta por lo “esencial”, para plantearla con sencillez y profundidad, para invitar a experimentar su inquietud, presentar las reflexiones y respuestas que otros en el pasado y en el presente dieron, para ofrecer los instrumentos académicos que les permitan un afrontamiento personal? Y en nuestro tiempo, caracterizado por un predominio de las imágenes que se suceden tan rápidamente, de la información tan extensa y agobiante, sin tiempo para apropiarse personalmente de ella, “donde –en expresión del Papa Francisco- lo real cede el lugar a la apariencia”⁷, ¿no es preciso recuperar en la Universidad la tarea fundamental de la reflexión, de la interioridad, de las “humanidades”, de las ciencias humanas, de la filosofía y también de la teología? Así lo entienden prestigiosas universidades en el mundo. Y también nuestra universidad, donde todos los estudiantes en los Estudios Generales tienen acceso a las ciencias básicas, a la filosofía, y al menos a un curso de teología; y donde hay un Departamento de Teología, llamado en este nuevo tiempo a estar más presente e intervenir más activamente en el diálogo interdisciplinar.

Esa experiencia de apertura al Misterio que se revela, y se acoge en el misterio de lo más profundo del ser humano, tiene –o puede tener- una incidencia fundamental y determinante en la respuesta a la cuestión del sentido, en las actitudes y comportamientos ante los desafíos fundamentales de la época, en la práctica histórica y social de las personas.

De todo eso trata la Teología y por eso se pretende “legítima” su presencia en el ámbito de la universidad, precisamente por ser universidad. Y por eso en nuestra Universidad, la PUCP.

II.- SENTIDO Y APORTE DE LA TEOLOGÍA

1.- Teología: etimológicamente Logos sobre Dios. Un hablar sobre Dios y sobre la realidad desde Dios, más humilde y propiamente dicho, desde la fe en Dios.

Los clásicos la definieron bien como “*intelligentia fidei*” o “*fides quaerens intellectum*”. La fe entendida, no tanto en cuanto contenido doctrinal, sino en cuanto fe vivida y actuada. La persona creyente busca “entender”, en primer lugar

⁷ Papa Francisco: “El gozo del Evangelio” n| 62

“entenderse” a sí misma, como persona creyente en un contexto cultural donde serlo ya no aparece como lo más natural y evidente, los cuestionamientos no le dejan impasible, necesita preguntarse y confirmarse en los fundamentos de su opción creyente, de sus convicciones y prácticas. Y “hacerse entender”, ser capaz como creyente de dar cuenta y razón de su opción, compromiso y estilo de vida ante quienes, con todo derecho, no comparten sus convicciones, le preguntan y cuestionan. Una fe adulta, como corresponde, requiere ser libre y para ello fundamentada, y dispuesta como recuerda la primera carta de Pedro “a dar respuesta a todo el que les pida razón de su esperanza” (1 Pe.3,15). La Universidad, por su naturaleza misma, está llamada a ser un espacio de diálogo, de intercambio de experiencias, razones y sentidos de vida. Diálogo abierto a la escucha y a la interpelación, desprejuiciada y no simplificadora, tratando de entender, aun sin necesariamente compartir y aceptar, las razones y sentidos del que piensa y siente diferente. En ese sentido parece legítima la oferta en la Universidad, en este caso en nuestra Universidad, de un curso de teología, informativo y a la vez crítico. Permitirá a quienes se reconocen creyentes una comprensión más crítica y fundamentada de su propia fe, exigida hoy de una práctica coherente ante los desafíos del presente, especialmente la permanente y siempre injusta desigualdad; pero pienso que también puede aportar a quienes no lo son una percepción desprejuiciada y mejor informada de lo que no comparten. Al fin y al cabo, unos y otros nos sentimos interpelados por desafíos que nos desbordan, llamados a buscar juntos respuestas adecuadas

y a construir solidarios las condiciones de una humanidad más justa, fraterna e incluyente.

2.- En nuestro presente, marcado por una manera de pensar moderna que se ha hecho más crítica, y por la conciencia creciente del creyente de que “la fe actúa por la caridad” (Gal.5,6), es decir de que la fe auténtica se manifiesta en las obras que se hacen por amor, la teología se autocomprende, en acertada formulación de Gustavo Gutiérrez, como “reflexión crítica de la praxis histórica a la luz de la fe”.⁸ Los tres elementos de la definición –reflexión crítica, a la luz de la fe, práctica- tienen su sentido. Lo que cualifica el quehacer “teológico” como tal es “a la luz de la fe”. La reflexión crítica lo comparte con otras disciplinas –particularmente con las ciencias humanas y sociales y también con la filosofía- que desde su peculiar

⁸ G. Gutiérrez: “Teología de la Liberación” 1991) p.31.

punto de vista y metodología se ocupan también de comprender el actuar personal y social en su devenir histórico.

Esa referencia común a la vida y acontecer histórico de los seres humanos, a su comprensión crítica y sin duda también a una práctica que se oriente hacia formas más humanas de realización personal y de convivencia, implica que mutuamente reconozcan su pertinencia y aporte. En el pasado la teología en su ejercicio se valió del aporte de la filosofía y de sus conceptos y categorías. Y lo expresó con una fórmula hoy incomprensible y ofensiva a oídos filósofos “*philosophia ancilla theologiae*”. El sentido auténtico no era – no podía ser, o mejor nunca debió ser- la sumisión de la filosofía. Más bien indicaba la necesidad que la teología tiene de la precisión y claridad de los conceptos elaborados por la filosofía. Habría que formularlo como “*theologia egens philosophia*”, teología necesitada del aporte de la filosofía. Hoy, además, había que añadir de las otras ciencias humanas y sociales. La fe es vivida y desafiada en una realidad histórica donde ha crecido la conciencia de la presencia, “irrupción” de los pobres en la sociedad y en la Iglesia. Conocer esa realidad en su real dimensión e interpretar sus causas –campo y tarea de las ciencias sociales- condiciona y hace posible concretar de manera responsable e históricamente eficaz aquello del “tuve hambre y me diste de comer” que Jesús planteaba como criterio fundamental de la acogida del reino de Dios (Mt.25). La reflexión teológica sobre esa práctica está necesitando del análisis social de la realidad donde la fe se trata de vivir. Es claro en la Teología de la Liberación y en otros intentos teológicos actuales.

De la misma manera la exégesis bíblica actual necesita tomar en cuenta el aporte de la crítica textual, y los estudios sobre las lenguas y formas literarias. La llamada “tercera investigación” sobre el Jesús histórico se enriquece con el aporte de los estudios históricos sobre la época, las costumbres y la cultura vigente en el siglo primero y los descubrimientos arqueológicos en los lugares bíblicos.

3.- Recíprocamente la teología está llamada a ofrecer el servicio de su propia experiencia y reflexión desde un mensaje que tiene su origen e inspiración en Jesús de Nazaret. Él resumió su propia vida y misión en lo que se ha llamado su discurso programático: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc, 4,18-19). Es importante considerar los verbos que designan la misión: anunciar buenas noticias, liberar, dar vista (vida al que carece de ella); y no menos fijarse en los destinatarios: pobres, cautivos, ciegos,

oprimidos, (gente socialmente insignificante, considerados en su tiempo generalmente como pecadores). Más adelante en el curso su vida lo ratifica: “he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn. 10,10).

Lo peculiar de una presencia cristiana en la sociedad de hoy sería proseguir, recreándolo en las circunstancias precisas de cada realidad, ese proyecto liberador propuesto e iniciado por Jesús de Nazaret: una humanidad de mujeres y varones, humanos y hermanos, capaces de reconocerse en su diversidad, cada uno y cada una comprometidos en crear condiciones de libertad, de realización personal y de felicidad para todos sin discriminaciones ni desigualdades frustrantes.

4.- Leía hace unos días en las primeras páginas de un libro: “La muerte del prójimo” (Luigi Zoja); “A fines del siglo XIX, Nietzsche anunció: Dios ha muerto. Terminado el siglo XX, ¿acaso no ha llegado el momento de decir lo que todos vemos? También ha muerto el prójimo” (p.13). Si hay un mensaje característico de Jesús es que el amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables. Una vez un sabio escriba le pregunta “¿Cuál es el mandamiento más importante de la Ley? Jesús responde lo que cualquier judío sabía: “Amarás a Dios con todo el corazón...”. Y sin que le hubieran preguntado más, añade: “El segundo es semejante a éste: “amarás a tu prójimo...” (Mt. 22,34-39) Para Jesús, en lo referente a los mandamientos es como en la marinera, no hay primero sin segundo. En la versión de Lucas el sabio replica: “Y ¿quién es mi prójimo?” Para responderle Jesús contó la parábola del samaritano que se aproximó (aproximó) al desconocido herido y le devolvió cambiada la pregunta: “¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él dijo: El que practicó la misericordia con él” (Lc. 10,29-37). La pregunta ¿quién es mi prójimo? es tramposa: deja fuera del ámbito del amor, excluye, al que está lejos o al que considero lejano, al “otro”. La novedad de la pregunta de Jesús y de la parábola cambia los términos: el prójimo no es el próximo, sino cualquiera que está en necesidad y al que yo me aproximo. El herido en el camino, que es el centro del relato, es un anónimo, no se sabe nada de su identidad, familia o región. Simplemente está en una situación de abandono y necesidad. Se hace prójimo el que se “aproxima”, siente compasión y actúa. No depende de su condición “religiosa” (el sacerdote y el levita ven, pero pasan de largo). El samaritano, mirado con sospecha por los judíos ortodoxos de Jerusalén, queda como el que ha entendido el planteamiento del evangelio de Jesús.

La teología –reflexión crítica a la luz de la fe- saca de allí y propone criterios que permiten discernir sobre una auténtica práctica cristiana. Y en una sociedad como

la nuestra, donde lo cristiano es presentado como argumento para sostener y justificar o cuestionar comportamientos, resulta muy importante la posibilidad de contar, por el bien de la misma sociedad, con una reflexión teológica crítica y bien informada. El amor al prójimo, y de manera más precisa la solidaridad con el pobre, en estricta fidelidad al pensamiento de Jesús, es criterio irrenunciable del auténtico amor a Dios. “El que dice que ama a Dios y no ama a su hermano es un mentiroso” (1Jn.4,20).

El sentido del individuo, gran aporte de la modernidad, se ha ido convirtiendo en individualismo, negación o ignorancia del “otro”, del prójimo. El “otro” es visto muchas veces como amenaza y límite, como competencia a mis aspiraciones; otras veces lo convertimos en “instrumento” de mi propio crecimiento o éxito, pero no lo vemos como persona, sujeto con derechos, capacidades y aspiraciones, como prójimo, es decir alguien a quien aproximarnos y tomar en cuenta con respeto, compasión y solidaridad concreta. Vemos como espectáculo en la TV su dolor, hambre, desconcierto, su huida penosa de fugitivo, pero cambiamos de canal y seguimos en lo nuestro, estamos siendo dominados por una “cultura de la indiferencia” y del “descarte” (Francisco).

Frente a esa mentalidad que se difunde, la propuesta formativa de la Universidad no puede quedar indiferente, si es que como “Católica” dice inspirarse en principios y valores cristianos. Formar personas, sí personas cabales, que en su afán de realización personal y capacitación profesional no queden encerradas en el estrecho círculo de sus propios intereses, sino personas abiertas, solidarias, para que, a través de una capacitación de la mejor calidad, resulten en su medio ciudadanos y profesionales constructores de una sociedad que proporcione una vida más plena, humana y fraterna, sin discriminación, a cuantos forman parte de ella. Y si alguna preferencia o prioridad urgente hubiera que establecer, que sean capaces de mirar con ojos nuevos a los que de tantas maneras y con tantas justificaciones nuestra sociedad mantiene postergados y marginados. Lo que en teología, y en el propio proyecto pastoral del papa Francisco, se ha designado como “opción preferencial por los pobres” ¿no debería ser asumido responsablemente y con creatividad por una Universidad Católica? Por ejemplo, para redoblar esfuerzos en su capacidad de acoger estudiantes preparados, pero de insuficientes recursos económicos. Sé que se hace, y se intenta hacer más, pero todavía ante muchos – lo escucho en mi trabajo pastoral en san Juan de Lurigancho- somos vistos como una universidad un tanto elitista, fuera de su

alcance. Igualmente esa opción debiera inspirar transversalmente la orientación de nuestras carreras, así como el sentido ético y solidario inculcado a los estudiantes.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Reflexionando sobre estos temas de la Universidad, ya en otra ocasión me he referido a un episodio bíblico: la oración del joven Salomón. A punto de convertirse en rey de Israel, Dios se le hace presente en sueños y le propone: “Pídeme lo que haya de darte”. Salomón, prototipo en la Biblia de hombre sabio responde: “...soy un joven muchacho y no sé por dónde empezar y terminar....Concede, pues, a tu siervo un corazón para entender y hacer justicia a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal”.... Agradó al Señor esta súplica de Salomón y le dijo: “... te concedo un corazón sabio e inteligente...te concedo también aquello que no has pedido, riquezas y gloria...” (1Rey.3,5-13). ¡Notable e inspirador! ¡Un corazón para entender, para hacer justicia y para discernir entre el bien y el mal! En medio de tanto afán de “excelencia”, de éxito medido en términos de capacidad de consumo, de prestigio y poder, Salomón nos brinda su sabiduría: aspirar a ser personas con “corazón sabio e inteligente” o si prefieren una inteligencia, una ciencia, un saber con corazón, capaz de entender con cercanía y capacidad de respuesta, la situación, precariedad y aspiraciones de la gente de nuestro pueblo; de hacer justicia y revertir el escándalo de una sociedad tan desigual, orgullosos de nuestra biodiversidad, pero incapaces de asumir como riqueza nuestra diversidad de etnias, culturas y lenguas.

Hoy en el país se respira desaliento y desconfianza, el riesgo de sucumbir ganados por el escepticismo, como ante una fatalidad imposible de controlar, ante la corrupción, la mentira, las celebridades huecas. La Universidad, toda universidad que de verdad quiera serlo, está convocada a la formación de personas y ciudadanos –lo decía ya Luis Jaime Cisneros en su “lección inaugural” de 1994; a la formación de personas con sentido ético, en lo personal y cívico, como base para vivir “una cultura de paz”, legado lúcido e irrenunciable del P, Felipe Mac Gregor.

Necesitamos y queremos comprometernos a hacer de nuestra Universidad no sólo una Universidad con excelencia; queremos construir una Universidad con corazón donde palpiten los sentimientos y las esperanzas de la gente, como fuente inspiradora de nuestra investigación, de nuestra docencia y de nuestro aprendizaje. Cultivar las ciencias, la filosofía y la teología en sintonía y al servicio –el saber para servir- de quienes más necesitan. El propósito de Jesús de Nazaret “para que

tengan vida y la tengan en abundancia” vivido hoy por nosotros desde el quehacer universitario hará posible y visible el lema esperanzador de nuestra universidad: que “la luz brille en las tinieblas”.

Gracias